

PUBLIO VIRGILIO MARÓN: ENEIDA

LIBRO VI

Habla así Eneas, llorando, y tendidas al viento las velas, se desliza la escuadra; arriba finalmente a las eubeas playas de Cumas. Vuelven las proas hacia el mar; sujeta el áncora las naves con tenaz diente y las corvas popas recaman las costas con sus varios colores. Un fogoso tropel de jóvenes salta a la ribera hesperia; unos sacan las chispas encendidas de las entrañas del pedernal; otros irrumpen en los bosques, densa guarida de las fieras, y enseñan a sus compañeros los ríos que van descubriendo. Entretanto el piadoso Eneas se encamina a las alturas que corona el templo de Apolo y a una inmensa caverna, recóndito retiro de la pavorosa Sibila, a quien el dios profético de Delos¹ infunde inteligencia y su poderoso espíritu, y le revela las cosas futuras. Ya penetran en los sagrados bosques de Diana y en el áureo templo. [...]

Sin duda Eneas y sus compañeros hubieran seguido recorriendo con la vista todas aquellas maravillas, si ya Acates, a quien el caudillo troyano había enviado por delante, no hubiese llegado entonces, y con él Deífobe², hija de Glauco, sacerdotisa de Apolo y de Diana, la cual le habló en estos términos: "No es ocasión ésta de pararte a contemplar tales espectáculos. Lo que ahora importa es que inmoles conforme al rito siete novillos nunca uncidos al yugo, e igual número de ovejas escogidas de dos años."

Dicho esto a Eneas (y los teucros no demoran obedecer el sacro mandato), llama la sacerdotisa a los troyanos al alto templo. Uno de los lados de la roca eubea se abre en forma de inmensa caverna, a la que conducen cien anchas bocas y cien puertas, de las cuales salen con estruendo otras tantas voces, respuestas de la Sibila. Apenas llegaron al umbral: "Ahora es el momento de consultar los hados", dijo la virgen, "¡he ahí, he ahí el dios!" Apenas pronunció estas palabras a la entrada de la cueva, mudósele el rostro y perdió el color y se le erizaron los cabellos; jadeando y sin aliento, hinchado el pecho, lleno de sacro furor, parece que va creciendo y que su voz no resuena como la de los demás mortales, porque la inspira el numen³, ya más cercano. "¿Demoras tus votos y preces, troyano Eneas?", dice, "¿los demoras? Pues ten por cierto que antes no se abrirán las grandes puertas de este portentoso templo." Dicho esto, calló. Helado terror discurrió por los duros huesos de los troyanos, y de lo hondo del pecho exhaló el rey estas plegarias:

¹ El *dios profético de Delos* es Apolo, entre cuyas atribuciones estaba la adivinación. Según la mitología griega, había nacido en la isla de Delos.

² *Deífobe* es el nombre de la Sibila de Cumas, hija de Glauco, un dios marino.

³ El *numen* es el dios Apolo, que inspira las predicciones de la Sibila.

"¡Oh Febo⁴, siempre misericordioso para los grandes trabajos de Troya! ¡Oh tú, que dirigiste los dardos troyanos y la mano de Paris al cuerpo del Éácida⁵! Guiado por ti he penetrado en tantos mares que ciñen vastos continentes, y en las remotas naciones de los masilios, y en los campos que rodean las Sirtes⁶. Ya, en fin, pisamos las costas de Italia, que siempre huían de nosotros. ¡Ay! ¡Ojalá que sólo hasta aquí nos haya seguido el infortunio troyano! Justo es ya que perdonéis a la nación de Pérgamo, ¡oh vosotros todos, dioses y diosas enemigos de Ilión y de la gran gloria que alcanzó la dardania gente! Y tú, ¡oh santa sacerdotisa, sabedora de lo porvenir, concede a los Teucros y a sus errantes dioses, fatigados Penates⁷ de Troya, que logren por fin tomar asiento en el Lacio! No pido reinos que no me estén prometidos por los hados. Entonces erigiré un templo todo de mármol a Febo y a Hécate, e instituiré días festivos a los que daré el nombre de Febo. Tú también tendrás en mi reino un magnífico santuario, en el que guardaré tus oráculos y los secretos hados que anuncies a mi nación, y te consagraré ¡oh benefactora virgen! varones escogidos. Sólo te ruego que no confíes tus oráculos a hojas que, revueltas, sean juguete de los vientos; anúncialos tú misma". Esto dijo Eneas.

En tanto, aún no sometida del todo a Febo, se revuelve en su caverna la terrible Sibila, procurando sacudir de su pecho el poderoso espíritu del dios; pero cuanto más se esfuerza ella, tanto más fatiga él su espumante boca, domando aquel fiero corazón e imprimiendo en él su numen. Se abren por fin por sí solas las cien grandes puertas del templo, y llevan los aires las respuestas de la Sibila: "¡Oh tú, que al fin te libraste", exclama, "de los grandes peligros del mar, aunque otros mayores te aguardan en tierra. Llegarán sí, los descendientes de Dárdano a los reinos de Lavinio (arranca del pecho ese cuidado); pero también desearán algún día no haber llegado a ellos. Veo guerras, horribles guerras, y al Tíber arrastrando olas de espumosa sangre; no te faltarán aquí ni el Simois, ni el Xanto⁸, ni los campamentos griegos. Ya tiene el Lacio otro Aquiles, hijo también de una diosa⁹; tampoco te faltará aquí Juno, siempre enemiga de los Troyanos, con lo cual, ¿a qué naciones de Italia, a qué ciudades no irás, suplicante, a pedir auxilio en tus desastres? Por segunda vez una esposa extranjera¹⁰, por segunda vez un himeneo extranjero será la causa de tantos males para los troyanos... Tú, empero, no sucumbas a la desgracia; antes bien, cada vez más animoso, ve hasta donde te lo consienta la fortuna. Una ciudad griega¹¹, y es lo que menos esperas, te abrirá el primer camino de salvación". [...]

⁴ Febo ("brillante") es otro nombre de Apolo.

⁵ El Éácida es Aquiles, nieto de Éaco, y muerto por una flecha disparada por Paris.

⁶ Los *masilios* y las *Sirtes* son referencias al África septentrional, en concreto, a Cartago.

⁷ Dioses tutelares del hogar, en este caso, del hogar común de los troyanos.

⁸ El *Simois* y el *Xanto* son ríos de Troya.

⁹ Referencia a Turno, caudillo de los Rútulos y enemigo de Eneas en Italia, como Aquiles lo fue de los Griegos en Troya.

¹⁰ Alusión a Lavinia, hija del rey Latino, que este promete en matrimonio a Eneas.

¹¹ Se refiere a la ciudad de Palantea, fundada por el griego Evandro a orillas del Tíber.

Luego que cesó su furor y descansó su rabiosa boca, díjole el héroe Eneas: "¡Oh virgen!, tus palabras no me revelan ninguna clase de desventuras nueva o inesperada; ya todo lo tengo previsto y a todo estoy preparado hace tiempo. Una sola cosa te pido, pues es fama que aquí está la entrada del Infierno, aquí la tenebrosa laguna que forma el desbordado Aqueronte: que me sea concedido ir a la presencia de mi amado padre; enséñame el camino y ábreme las puertas sagradas. Yo le arrebaté en estos hombros, por entre las llamas y los dardos disparados contra mí, y le saqué de en medio de los enemigos; él me acompañaba en mis viajes; conmigo sobrellevaba, inválido, los trabajos de las travesías y los rigores todos del mar y del cielo, a despecho de los años; fue él, además, quien me rogó, me ordenó que suplicante acudiese a ti y llegase a tus umbrales. Compadécete, ¡Oh alma¹² virgen! compadécete, yo te lo ruego, del hijo y del padre, porque tú lo puedes todo, y no en vano te encomendó Hécate la custodia de los bosques del Averno. [...]

Así clamaba Eneas, abrazado al altar, y así le contestó la Sibila: "Descendiente de la sangre de los dioses, troyano, hijo de Anquises, fácil es la bajada al Averno; día y noche está abierta la puerta del negro Dite; pero retroceder y restituirse a la luz de la tierra, esto es lo arduo, esto es lo difícil; pocos, y del linaje de los dioses, a quienes fue Júpiter propicio, o a quienes un ardiente valor remontó a los astros, pudieron lograrlo. Todo el centro del Averno está poblado de selvas que el Cocito, deslizándose lentamente, rodea con su negra corriente. Mas si un tan grande amor te mueve, si tanto afán tienes de cruzar dos veces el lago Estigio, de ver dos veces el negro Tártaro, y estás decidido a probar la insensata empresa, oye lo que has de hacer ante todo: Bajo la opaca copa de un árbol se oculta un ramo, cuyas hojas y flexible tallo son de oro, el cual está consagrado a la Juno infernal¹³; todo el bosque lo oculta y las sombras lo encierran entre tenebrosos valles, y no está permitido penetrar en las entrañas de la tierra sino al que haya desgajado del árbol la áurea rama; la hermosa Proserpina tiene dispuesto que sea ese el tributo que se le lleve. Arrancado un primer ramo, brota otro, que se cubre también de hojas de oro, y su tallo reverdece con hojas del mismo metal; búscalos, pues, con la vista, y, una vez encontrado, cógelo con la mano, porque si los hados te llaman él se desprenderá por sí mismo; de lo contrario, no hay fuerzas, ni aun el duro hierro, que basten para arrancarlo. Además, tú ignoras, ¡ay!, que el cuerpo de un amigo yace insepulto, y que su triste presencia está contaminando toda la armada mientras estás en mis umbrales pidiéndome oráculos. Ante todo, entrega esos despojos a su postrera morada, cúbrelos con un sepulcro e inmola en él algunas negras ovejas; sean esas las primeras expiaciones. De esta suerte podrás, por fin, visitar las selvas estigias y los reinos inaccesibles para los vivos." Dijo, y enmudeció, cerrando su boca.

Entristecido el semblante y con los ojos bajos, sale de la cueva Eneas, revolviendo en su mente aquellos oscuros sucesos, acompañado del fiel Acates,

¹² Aquí *alma* es un adjetivo que significa "bienhechora", "benefactora".

¹³ La *Juno infernal* es Proserpina, esposa de Plutón.

que le sigue, agitado por las mismas ideas. Departían ambos sobre varios asuntos y discurrían sobre quién podría ser el compañero cuya muerte les había anunciado la Sibila, y a cuyo cuerpo había mandado dar sepultura. Y, en efecto, cuando llegaron a la seca playa, vieron arrebatado por innmerceda muerte a Miseno, hijo de Eolo, a quien nadie aventajaba en el arte de inflamar a los guerreros con los marciales acentos del clarín. Miseno había sido el compañero del gran Héctor; a su lado recorría los campos de batalla, manejando con igual destreza la trompeta y la lanza, y cuando Aquiles, vencedor, despojó de la vida a Héctor, el noble héroe tomó por compañero a Eneas, no inferior al primero; pero como estuviese en una ocasión atronando la mar con los ecos de su hueca concha, y osase ¡insensato! desafiar a los dioses con sus notas, Tritón¹⁴, envidioso (si tal puede creerse), le cogió de improviso y le sumergió entre las peñas en las espumosas olas. Todos los troyanos, reunidos alrededor del cadáver, prorrumpían en grandes clamores, y más que todos, el piadoso Eneas. Al punto, sin perder momento ni interrumpir sus llantos, se apresuran a cumplir el mandato de la Sibila y a formar con árboles una fúnebre pira, a modo de altar, que levantan hasta el firmamento. [...] Al contemplar la inmensa pira, Eneas, agitado por tristes pensamientos, reflexiona sobre lo sucedido y exclama:

"¡Oh!, si ahora en este espeso bosque se me apareciese en su árbol aquel áureo ramo, ya que todo lo que me anunció la Sibila ha sido cierto, ¡ay!, demasiado cierto para ti, ¡oh Miseno!" No bien hubo acabado de hablar cuando bajaron por los aires dos palomas volando delante de sus mismos ojos y se posaron sobre la yerba; reconoció en ellas el héroe las aves de su madre¹⁵, y de esta suerte les implora, lleno de júbilo: "Servidme de guías, ¡oh palomas!, y si hay camino, dirigid vuestro vuelo a la densa enramada donde el precioso ramo da sombra a la fecunda tierra. Y tú, divina madre mía, no me abandones en este difícil trance". Dicho esto, detuvo sus pasos observando qué señales le dan y adónde dirigen el vuelo, mientras ellas, picoteando la yerba, se alejan volando tanto trecho cuanto pueda alcanzar a seguir las la vista más perspicaz. Luego que llegaron a las bocas del fétido Averno, alzaron rápidamente el vuelo, y deslizándose por el líquido éter, van a posarse sobre la copa de un árbol, en el deseado sitio donde el resplandor del oro destaca por su distinto color entre las ramas. Cual suele en la selva, durante los fríos invernales, brotar el muérdago con nuevo follaje nutrido por árboles que no lo generan, y circundar los redondos troncos con su amarillo fruto, tal era el aspecto del áureo follaje en la frondosa encina, tal crujían sus hojas metálicas, mecidas del blando viento. Eneas lo coge al punto, lo arranca impaciente, a pesar de su ligera resistencia, y lo lleva a la cueva de la Sibila.

Entretanto los Troyanos continúan en la playa llorando a Miseno, y tributan los últimos honores a sus insensibles cenizas. [...] Unos ponen el agua a la lumbre en calderas de bronce, y lavan y perfuman el frío cadáver entre

¹⁴ Dios marino, hijo de Neptuno y de Anfitrite. La parte superior de su cuerpo era de hombre y la inferior de pez.

¹⁵ Las palomas eran aves consagradas a la diosa Venus, madre de Eneas.

grandes lamentos; luego colocan sobre la hoguera aquellos miembros regados con su llanto, y los cubren con las purpúreas vestiduras que usaron en vida; otros se colocan debajo del gran féretro, y ¡triste ministerio! volviendo los ojos, le aplican las antorchas, según la costumbre de los antepasados. Todo arde al momento: los montones de incienso, las entrañas de las víctimas, las copas del aceite derramado sobre ellas. Luego que todo quedó reducido a pavesas y se apagó la llama, sacaron los huesos, y después de empapar y lavar con vino aquellas reliquias, candentes todavía, Corineo las encerró en una urna de bronce; enseguida, con un ligero ramo de romero y una rama de fértil olivo, roció tres veces a sus compañeros con agua purificadora y pronunció las últimas oraciones. Entonces el piadoso Eneas mandó erigir al héroe un soberbio monumento, en el cual depositan sus armas, su remo y su clarín, al pie de un alto monte que de él recibió, y conservará eternamente, el nombre de Miseno¹⁶.

Hecho esto, se apresura a ejecutar los preceptos de la Sibila. Había cerca de allí una profunda caverna, que abría entre las peñas su enorme y espantosa boca, defendida por un negro lago y por las tinieblas de los bosques, sobre la cual no podía ave alguna tender impunemente el vuelo: tan fétidos eran los vapores que de su horrible centro se exhalaban, infestando los aires, por lo que los griegos dieron a aquel sitio el nombre de Averno¹⁷. Allí llevó Eneas, lo primero, cuatro novillos negros, sobre cuya testuz derramó la sacerdotisa el vino de las libaciones. [...] Enseguida erige los altares para los sacrificios nocturnos que han de hacerse al rey del Estigio y pone en las llamas las entrañas enteras de los novillos, derramando abundante aceite sobre ellas, cuando he aquí que, al despuntar el alba, empezó a rugir la tierra bajo los pies, a temblar las cimas de los bosques, y grandes aullidos de perras en las sombras anunciaron la llegada de la diosa¹⁸. "¡Lejos, lejos de aquí, profanos!" exclama la profetisa; "salid de este bosque, y tú, Eneas, echa a andar y desenvaina la espada. Esta es la ocasión de mostrar entereza y valor." No dijo más y, poseída por la divinidad, se lanza por la boca de la cueva. Eneas la sigue con intrépidos pasos. [...]

Solos iban en la nocturna obscuridad, avanzando a través de las sombras y de las vacías moradas y de los desiertos reinos de Dite¹⁹, cual caminantes en espesa selva a la incierta claridad de la luna, cuando Júpiter cubre de sombra el firmamento y la negra noche roba sus colores a todas las cosas. En el mismo vestíbulo y en las primeras gargantas del Orco tienen sus guaridas el Dolor y los vengadores Remordimientos; allí moran también las pálidas Enfermedades y la triste Vejez y el Miedo y el Hambre, mala consejera, y la horrible Pobreza, figuras espantosas de ver, y la Muerte y el Sufrimiento; y el Sueño, hermano de

¹⁶ El cabo *Miseno* cierra por el norte el golfo de Tarento, en el sur de Italia.

¹⁷ El lago *Averno*, que aún hoy mantiene su nombre, se llamaba en griego *Aorno*, que significa "sin pájaros". De este lago salen fétidos vapores sulfurosos y carbónicos.

¹⁸ Esta diosa es Hécate, diosa de la magia, la oscuridad y los terrores nocturnos. En las noches sin luna vagaba acompañada por una jauría de *perras infernales*.

¹⁹ *Dite* es otro nombre de Plutón.

la Muerte, y los Placeres perversos del alma. Y justo enfrente, en la puerta de entrada, se ve a la mortífera Guerra, los férreos lechos de las Euménides y la insensata Discordia, ceñida de sangrientas ínfulas la cabellera de víboras.

En el centro despliega sus añosas ramas un frondoso e inmenso olmo, y es fama que allí habitan los vanos Sueños, adheridos a cada una de sus hojas. Moran además en aquellas puertas otras muchas monstruosas fieras, los centauros, las biformes Escilas y Briareo el de los cien brazos, y la Hidra de Lerna con su espantoso silbido, y la flamígera Quimera, las Gorgonas, las Arpías y aquella alma que animó tres cuerpos²⁰. Herido en esto de súbito terror, requiere Eneas la espada y presenta su desnuda punta a todo lo que se le acerca; y si su compañera, conocedora de aquellos sitios, no le advirtiese que aquellas formas que veía revolotear en torno a él eran vanos fantasmas, hubiera embestido contra ellas, esgrimiendo inútilmente su espada en el vacío.

De allí arranca el camino que conduce a las aguas del tartáreo Aqueronte, vasto y cenagoso abismo, que hierve perpetuamente y vomita todo su arenoso caudal en el Cocito. Guarda aquellas aguas y aquellos ríos el horrible barquero Caronte, cuya suciedad espanta; sobre el pecho le cae desaliñada una luenga barba blanca y permanecen fijos sus llameantes ojos; una sórdida capa cuelga de sus hombros, prendida con un nudo; él mismo maneja su negra barca con una pértiga, dispone las velas y transporta en ella los muertos, viejo ya, pero lozano y recio en su vejez, cual corresponde a un dios. Toda la turba de las sombras, por allí dispersa, se precipitaba a las orillas: madres y esposos, héroes magnánimos, mancebos, doncellas, niños colocados en la hoguera a la vista de sus padres, sombras tan numerosas como las hojas que caen en las selvas a los primeros fríos del otoño o como las bandadas de aves que, cruzando el profundo mar, se dirigen a la tierra cuando el invierno las impele a través del océano en busca de más calurosas regiones. Apiñados en la orilla, todos piden pasar los primeros y tienden con afán las manos a la margen opuesta; pero el adusto barquero toma indistintamente, ya a unos, ya a otros, y rechaza a los demás, alejándolos de la playa. Sorprendido y conturbado a la vista de aquel tumulto: "Dime, ¡oh virgen!", pregunta Eneas, "¿Qué significa esa afluencia junto al río? ¿Qué piden esas almas? ¿Y por qué motivo esas tienen que apartarse de la orilla y esas otras surcan las lívidas aguas?" En estos términos le responde brevemente la anciana sacerdotisa: "Hijo de Anquises, verdadera progeñe de los dioses, estás viendo los profundos estanques del Cocito y la laguna Estigia, por la cual los mismos dioses temen jurar en vano. Esta turba que tienes delante es la de los miserables que yacen insepultos: ese barquero es Caronte, esos a quienes se llevan las aguas, los que han sido enterrados, pues no le es permitido transportar a ninguno a las horrendas orillas por la ronca corriente antes de que sus huesos hayan descansado en una sepultura: cien años tienen que revolotear errantes alrededor de estas playas; admitidos entonces por fin, logran cruzar las deseadas olas. Párase el hijo de Anquises triste y pensativo y profundamente compadecido de aquel destino cruel. [...]"

²⁰ Se refiere al gigante *Gerión*, al que mató Hércules.

En esto descubre al piloto Palinuro, que, en su reciente travesía por el mar de Libia, mientras iba observando los astros, cayó de la popa en medio de las olas. Apenas hubo reconocido al desdichado en las espesas tinieblas, le dijo así: "¿Qué dios, ¡oh Palinuro!, te arrebató a nosotros y te precipitó en medio del piélago? Dímelo pronto, porque Apolo, que antes nunca me había engañado, sólo me engañó al vaticinarme que cruzarías seguro la mar y llegarías a las playas ausonias. ¿Es esa, di, la palabra prometida?". "No", respondió Palinuro, "no te engañó el oráculo de Febo, ¡oh caudillo hijo de Anquises!, ni a mí me sepultó un dios en el mar. Arrancado por azar con gran violencia el timón que me habías confiado, y que yo tenía asido para dirigir el rumbo, lo arrastré en mi caída, y te juro por los terribles mares que no temí entonces tanto por mí cuanto porque tu nave, perdido el timón y privada de piloto, no pudiese resistir el empuje de aquellas tan terribles olas. Tres borrascosas noches me arrastró el violento Noto por los inmensos mares; sólo el cuarto día divisé Italia desde la altura a que me levantó una gran ola. Poco a poco llegué nadando a tierra, y ya estaba en salvo cuando una gente cruel, considerándome por engaño presa de valía, me acometió con espadas en el momento en que, bajo el peso de mis ropas mojadas, pugnaba por asirme con las uñas a la áspera cima de un collado; juguete del viento y del mar, mi cuerpo yace ahora en la playa. Por la deleitosa luz del cielo y por el aire que respiras te lo suplico; por tu padre y por el niño Iulo, tu esperanza, libértame, ¡oh héroe invicto!, de estas miserias. O bien, pues está en tu mano, da sepultura a mi cuerpo, que encontrarás en el puerto de Velia; o bien, si es posible, [...] tiende la diestra a este infeliz y llévame contigo por esas aguas, para que en muerte al menos descansen en plácidas moradas!" Dijo y al punto les habla así la Sibila: "¿De dónde te viene, ¡oh Palinuro!, esa insensata aspiración? ¿Tú, insepulto, habías de visitar las aguas estigias y el tremendo río de las Euménides, y sin mandato de los dioses habías de pasar a la opuesta orilla? Renuncia a la esperanza de torcer con tus ruegos los inmutables decretos de los hados, pero guarda en la memoria estas palabras, como consuelo en tu cruel desventura. Sabrás que todos los pueblos comarcanos, aterrados en todas las ciudades a lo ancho y largo del país por mil prodigios celestes, aplacarán tus Manes, depositando tus huesos bajo un túmulo, instituirán en él solemnes sacrificios, y aquel sitio conservará eternamente el nombre de Palinuro²¹". Estas palabras calmaron su afán y ahuyentaron un poco el dolor de su triste corazón, complacido con la idea de que un lugar de la tierra había de llevar su nombre.

Prosiguen, pues, Eneas y la Sibila el comenzado camino y se acercan al río, cuando el barquero, al verlos desde la laguna Estigia ir por el callado bosque encaminándose hacia la orilla, enojado les ataja el paso y les increpa con estas palabras: "Quienquiera que seas, tú, que te encaminas armado hacia mi río, ea, dime a qué vienes y no pases de ahí. Esta es la mansión de las Sombras, del Sueño y de la soporífera Noche; no me está permitido llevar a los vivos en la

²¹ El cabo *Palinuro*, que está en la costa de Campania.

barca [...]". Así le respondió brevemente la sacerdotisa del Anfriso²²: "El troyano Eneas, insigne en piedad y armas, baja a las profundas tinieblas del Érebo en busca de su padre. Si no te mueve la vista de tan piadoso intento, reconoce a lo menos este ramo"; y sacó el que llevaba oculto bajo el manto, con lo que al punto desapareció el enojo de Caronte. Nada añadió la Sibila. Él, admirando el venerable presente de la rama fatal, que no había visto hacía mucho tiempo, da vuelta a la cerúlea barca y se acerca a la orilla, haciendo que despejen la cubierta las sombras que la ocupaban, y expulsa a las que iban sentadas en los largos bancos, al mismo tiempo que recibe en ella al gran Eneas. Crujió la sutil barca bajo su peso, y rajada en parte, empezó a hacer agua; mas al fin desembarcó felizmente en la opuesta orilla a la Sibila y al guerrero en un lodazal cubierto de verde légamo.

Enfrente, tendido en su cueva, el enorme Cerbero atruena aquellos sitios con los ladridos de su trifauce boca. Viendo la Sibila que ya se iban erizando las culebras de su cuello, le tiró una torta amasada con miel y adormideras, la cual él, abriendo su trifauce boca con rabiosa hambre, se tragó al punto, dejándose caer enseguida cuan largo era y llenando con su enorme mole toda la cueva. Al verle dormido, Eneas sigue adelante y pasa rápidamente la ribera del río que nadie cruza dos veces.

En esto empezaron a oírse voces y llores de niños, cuyas almas ocupaban aquellos primeros umbrales; niños arrebatados del pecho de sus madres, y a quienes un cruel destino sumergió en prematura muerte antes de que gozaran la dulce vida. Junto a ellos están los condenados a muerte por sentencia injusta. Dan aquellos puestos jueces designados por la suerte; Minos, que los preside, agita la urna, convoca ante su tribunal a las calladas sombras, y se informa de sus vidas y crímenes. Cerca de allí están los desdichados que, vencidos de la desesperación y aborreciendo la luz del día, se quitaron la vida con su propia mano. ¡Ah, cuánto darían ahora por arrostrar en la tierra pobreza y duros afanes!, pero los hados no lo consienten, y las tristes aguas del lago Estigio, con sus nueve revueltas, los enlazan y sujetan en aquel odioso pantano. No lejos de aquí se extienden en todas direcciones los llamados Campos Llorosos, donde secretas veredas que circunda una selva de mirtos, ocultan a los que consumió en vida el cruel amor, y que ni aun en muerte olvidan sus penas [...].

Entre ellas vagaba por la gran selva la fenicia Dido, abierta aún en su pecho la reciente herida. Apenas el héroe troyano llegó junto a ella y la reconoció entre la sombra oscura, cual vemos o creemos ver a la luna nueva alzarse entre las nubes, rompió a llorar, y así le dijo con amoroso acento: "¡Oh desventurada Dido! ¡Conque fue verdad la noticia de tu desgracia, y tú misma te traspasaste el pecho con una espada! ¿Y fui yo, ¡oh dolor!, causa de tu muerte? Juro por los astros y por los númenes celestiales y por los del Averno, si alguna fe merecen también, que muy a pesar mío dejé, ¡oh Reina!, tus riberas. La voluntad de los dioses, que ahora me obliga a penetrar por estas sombras y a

²² El dios del *Anfriso*, río de Licia, es Apolo.

recorrer estos sitios llenos de horror y de una profunda noche, me forzó a abandonarte, y nunca pude imaginar que mi partida te causase tan gran dolor. Detén el paso y no te sustraigas a mi vista. ¿De quién huyes? ¡Esta es la última vez que los hados me consienten hablarte!" Con estas palabras, cortadas por el llanto, procuraba Eneas aplacar a la irritada sombra que, vuelto el rostro, fijos en el suelo los torvos ojos, no se mostraba más conmovida por ellas que si fuera duro pedernal o mármol de Marpesia. Aléjase al fin precipitadamente, y va a refugiarse indignada en un bosque sombrío, donde su antiguo esposo Siqueo es objeto de su ternura y corresponde a ella. Eneas, empero, traspasado de dolor a la vista de tan cruel desventura, la sigue largo tiempo, compadecido y lloroso.

Luego continúa su camino y llegan a los últimos campos, lugar retraído, donde moran los Manes de los guerreros ilustres. Allí le salen al paso Tideo, Partenopeo, famoso por sus armas, y la sombra del pálido Adrasto; allí los troyanos muertos en la guerra y tan llorados entre los vivos, larga hilera que contempló con lágrimas [...]. Todas aquellas sombras se apiñan a ambos lados de Eneas; no les basta verle una vez, sino que quieren detenerle, ir con él y saber las causas de su venida; pero los caudillos de los griegos y las falanges de Agamenón, en cuanto divisaron entre las sombras al héroe y sus brillantes armas, empezaron a temblar de miedo; unos huyeron, como cuando en otro tiempo corrían a refugiarse en sus naves, y otros quisieron gritar, pero en vano; sólo un tenue acento empezó a salir de sus abiertas bocas.

Allí vio Eneas a Deífobo²³, hijo de Príamo, lacerado todo el cuerpo, cruelmente mutiladas la cara y ambas manos, arrancadas las orejas de las destrozadas sienes y cortada la nariz con infame herida. Apenas reconoció al infeliz que, trémulo y avergonzado, procuraba tapar las señales de su horrible suplicio, se acercó a hablarle y así le dijo con bien conocido acento: "Valeroso Deífobo, descendiente del alto linaje de Teucro, ¿Quién te trató tan cruelmente? ¿A quién le fue permitido ser tan feroz contigo? Me llegó el rumor de que en la última noche de Troya, después de haber hecho gran matanza de griegos, sucumbiste al fin sobre un confuso montón de cadáveres; entonces yo mismo te erigí un cenotafio²⁴ en la playa Retea, y tres veces invoqué tus Manes en alta voz; allí están tus armas con tu nombre; pero a ti, ¡oh amigo!, no pude encontrarte ni sepultarte, al partir, en la tierra patria." A lo cual respondió el hijo de Príamo: "Nada, ¡oh amigo!, dejaste por hacer; todos tus deberes cumpliste con Deífobo y sus tristes Manes; mi destino fatal y el funesto crimen de la Lacedemonia²⁵ me precipitaron en este abismo de males: ¡Estas pruebas me dejó de su amor! Bien te acuerdas (harto forzoso es recordarlo) de aquella engañosa alegría en que pasamos la última noche, cuando el fatal caballo penetró por encima de las murallas de Troya, preñado su vientre de armados

²³ Príncipe troyano que tras la muerte de Paris se casó con Helena. Cuando los griegos toman Troya, es muerto y mutilado por Menelao.

²⁴ Un *cenotafio* es un monumento fúnebre vacío.

²⁵ La *Lacedemonia* es Helena, porque procedía de Esparta, capital de la región de Laconia o Lacedemonia.

guerreros. Ella, con fingidas danzas, conducía en derredor a las troyanas; celebrando orgías y colocada en el centro, llevando en la mano una gran tea encendida, daba con ella la señal a los griegos desde lo alto de la fortaleza. Yo entonces, vencido por el sueño y por tantos afanes, fui a tenderme en mi infausto tálamo, y ya empezaba a disfrutar de un dulce y profundo reposo, harto parecido a una plácida muerte, cuando mi egregia esposa, después de sacar de mi casa todas las armas y de quitarme de la cabecera mi fiel espada, abrió las puertas a Menelao y le introdujo en mi estancia, confiando, sin duda, prestar un gran servicio a su primer esposo y borrar así la memoria de sus antiguas maldades. ¿Para qué alargarme? La turba se arroja sobre mi lecho y se une a ella el eólida Ulises²⁶, instigador de crímenes. ¡Oh dioses!, si me es lícito implorar vuestra venganza, renovad en los griegos aquellos horrores. Pero tú, dime a tu vez qué aventura te trae aquí en vida. ¿Vienes impulsado por el vaivén de las olas o por mandato de los dioses, o qué destino te acosa para que hayas descendido a estas sombrías regiones, nunca alumbradas del sol, a estos fangosos lugares?" Durante estas pláticas, ya la aurora con su rosada cuadriga había traspuesto la mitad del espacio celeste en su etérea carrera, y acaso hubiera el héroe consumido en ellas todo el tiempo que le estaba concedido, si su compañera, la Sibila, no le hubiera amonestado así brevemente: "La noche se nos viene encima, Eneas, y empleamos las horas en llorar. Este es el sitio en que el camino se divide en dos partes: la de la derecha, que se dirige al palacio del poderoso Plutón, es la senda que nos llevará a los Campos Elíseos; la de la izquierda conduce al impío Tártaro, donde los malos sufren su castigo." A lo cual respondió Deífobo: "No te irrites, gran sacerdotisa; ya me retiro; ya voy a reunirme con las otras sombras y a sepultarme de nuevo en las tinieblas. Ve, ve, ¡oh gloria y prez de los nuestros!, a gozar de más felices destinos". No dijo más y se alejó.

Se vuelve entonces Eneas súbitamente, y ve al pie de una roca que a mano izquierda se extiende una gran fortaleza, rodeada de triple muralla, que el rápido Flegetonte, río del Tártaro, circunda de ardientes llamas, arrastrando en su corriente resonantes peñas; en frente se ve una puerta enorme y con jambas de un acero tan duro que ninguna fuerza humana, ni aun la espada de los mismos dioses, podría derribarlas. Una torre de hierro se alza en los aires; sentada, Tisífone²⁷, ceñida de un manto de color de sangre, guarda el vestíbulo, despierta día y noche; óyense allí de continuo gemidos y crueles azotes y el rechinar del hierro y ruido de cadenas arrastradas. Eneas se paró, despavorido, y se puso a escuchar con profunda atención: "¿Qué especie de crímenes se castigan aquí? Dime, ¡oh virgen! ¿Qué tormentos son éstos? ¿Quién profiere esos desgarradores lamentos que llegan a mis oídos?" Así comenzó entonces la profetisa: "Íncrito caudillo de los teucros, a ningún justo le es lícito traspasar ese umbral maldito, pero cuando Hécate me destinó a la custodia de los bosques infernales, ella misma me declaró los castigos que imponen los dioses y me

²⁶ El epíteto *eólida* se aplica aquí a Ulises porque para algunos mitógrafos era nieto de Eolo.

²⁷ Una de las tres Furias, diosas de la venganza que persiguen a los criminales.

condujo por todos estos sitios. El cretense Radamanto²⁸ ejerce aquí un imperio durísimo, indaga y castiga los fraudes, y obliga a los hombres a confesar las culpas cometidas y que, vanamente, cuando estaban vivos, se complacían en mantener en secreto, fiando su expiación al tardío momento de la muerte. Al punto de pronunciada la sentencia, la vengadora Tisífone, armada de un látigo, azota e insulta a los reos, y presentándoles con la mano izquierda sus fieras serpientes, llama a la turba cruel de sus hermanas". Ábrense entonces por fin las sagradas puertas, rechinando en sus goznes con horrible estruendo. "¿Ves", prosiguió la Sibila, "qué centinela está sentada en el vestíbulo? ¿Qué horrible figura guarda estos umbrales? Pues dentro tiene su morada una monstruosa hidra, más cruel todavía, con sus cincuenta negras fauces siempre abiertas; luego se abre el mismo Tártaro, espantoso precipicio, que profundiza debajo de las sombras el doble de lo que se levanta hacia los cielos el etéreo Olimpo. Allí, en lo más hondo de aquel abismo, cayeron precipitados por el rayo los Titanes, antiguo linaje de la Tierra. Allí vi a los dos hijos de Aloeo, enormes gigantes, que intentaron que intentaron destruir con sus manos el inmenso cielo y precipitar a Júpiter de su excelso trono; vi también a Salmoneo, padeciendo horribles castigos en pena por haber querido imitar los rayos de Júpiter y los truenos del Olimpo. [...] Pero el Padre omnipotente le disparó entre densas nubes un dardo (no antorchas ni humeantes llamas) y le precipitó al Tártaro, arrastrándolo con un formidable torbellino. Vi también a Ticio, hijo de la Tierra, que produce todos los seres, cuyo cuerpo tendido ocupa siete yugadas enteras; un enorme buitres mora en lo hondo de su pecho y con su corvo pico le roe y le devora el hígado y las entrañas, que nunca mueren, y renacen siempre para padecer sin momento de tregua. ¿Y qué decir de los lapitas²⁹ Ixión y Piritoos?, unos hacen rodar un gran peñasco, otros penden amarrados a los radios de una rueda. El infeliz Teseo está sentado y lo estará eternamente, y Flegias³⁰, el más desgraciado de todos, advierte a los demás y a grandes voces, a través de las sombras, los pone por testigos: "¡Escarmentad con mi ejemplo; aprended con él a ser justos y a no despreciar a los dioses!" Sobre su cabeza pende un negro peñasco que empieza ya a deslizarse, amenazándolo siempre con su inminente caída. Delante tiene voluptuosos lechos de áureas columnas y festines dispuestos con regio lujo; pero la mayor de las Furias vela tendida a su lado, y en cuanto intenta llevar las manos a la mesa, se levanta blandiendo su tea y se lo impide con tonantes voces. Allí encerrados aguardan su castigo los que en vida aborrecieron a sus hermanos o hirieron a su padre o urdieron fraudes contra sus clientes; los que (son los más numerosos) incubaron riquezas atesoradas para ellos solos, sin dar una parte a los suyos; los que perdieron la vida por adúlteros y los que promovieron impías guerras o no temieron hacer traición a sus señores. No intentes saber qué castigo es el suyo ni qué delito o qué Fortuna hundió aquí a esos hombres. Este vendió por oro su patria y le impuso un tirano; ese otro hizo y deshizo leyes por su solo interés; aquel invadió el lecho de su hija y forzó una ilícita cópula; todos osaron concebir

²⁸ Radamanto, hermano de Minos y de Éaco, forma con ellos el tribunal que juzga a los muertos.

²⁹ Los *lapitas* eran un pueblo mítico de Tesalia.

³⁰ Virgilio le aplica a *Flegias* el suplicio que tradicionalmente se aplica a Tántalo.

grandes maldades y las llevaron a cabo. No; aun cuando tuviese cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro, no podría expresar todas las formas de los crímenes ni decirte todos los nombres de sus castigos".

Después de esto dijo la anciana sacerdotisa de Febo, "Mas, ea", continuó, "sigue adelante tu camino y ofrece a Proserpina el debido tributo. Aceleremos el paso; ya descubro las murallas forjadas en las fraguas de los Cíclopes, y veo las puertas del palacio de Plutón bajo esa bóveda que tenemos delante: ahí nos está mandado depositar nuestra ofrenda". Dijo, y avanzando juntos por el tenebroso camino, atraviesan el espacio que los separa del palacio y llegan a sus puertas; Eneas penetra en el zaguán, se rocía el cuerpo con agua recién cogida y suspende el ramo en el dintel frontero.

Concluido finalmente el ritual y realizada la ofrenda a la diosa, llegaron a los deliciosos parajes y a los amenos vergeles de los bosques afortunados, moradas de los bienaventurados³¹. Ya un aire más puro viste aquellos campos de brillante luz, ya aquellos sitios tienen su sol y sus estrellas. Unos ejercitan sus miembros en herbosas palestras, compiten en juegos y luchan sobre la dorada arena; otros danzan en coro y entonan versos. [...] Asombrado, Eneas ve a lo lejos armas, carros vacíos, lanzas hincadas en tierra y caballos sueltos paciendo diseminados por las vegas; la afición que aquellos guerreros tuvieron en vida a los carros y las armas, su antiguo afán por criar lozanos corceles, sigue igual en ellos, aun en el seno de la tierra. Luego ve a derecha e izquierda a otros comiendo tendidos sobre la yerba y entonando en coro jubiloso himnos en honor de Apolo, en medio de un fragante bosque de laureles, desde donde el caudaloso Erídano³² serpentea a través de la floresta para fluir al mundo de arriba. Allí están los que recibieron heridas luchando por la patria, los sacerdotes que tuvieron una vida casta, los vates piadosos que cantaron versos dignos de Febo, los que perfeccionaron la vida con las artes que inventaron y los que por sus méritos viven en la memoria de los hombres. Todos estos llevan ceñidas las sienes de nevadas ínfulas. [...]

Estaba entonces el padre Anquises examinando con vivo afán unas almas encerradas en el fondo de un frondoso valle, almas destinadas a ir a la tierra, en las cuales reconocía todo el futuro linaje de sus descendentes, su posteridad amada, y veía sus hados, sus varias fortunas, sus hechos, sus proezas. Apenas vio a Eneas, que se dirigía a él cruzando el prado, tendióle alegre ambas manos y, bañadas de llanto las mejillas, dejó caer de sus labios estas palabras: "¡Al fin has venido, hijo mío, y tu tan probada piedad filial ha superado este arduo camino! ¿Me es dado al fin ver tu rostro, oír tu voz y responderte? Yo, en verdad, computando los tiempos, discurría que así había de ser, y no me ha engañado mi afán. ¡Cuántas tierras y cuántos mares has tenido que cruzar para venir a verme! ¡Cuántos peligros has arrostrado, hijo mío! ¡Cuánto temía yo que

³¹ Estas regiones del inframundo son los Campos Elíseos, donde viven felices las almas de los hombres virtuosos y de los guerreros heroicos.

³² Río fabuloso que se identificaba unas veces con el Rin y otras con el Po.

te fuesen fatales las regiones de la Libia!" Eneas le respondió: "Tu triste imagen, ¡oh padre!, presentándoseme continuamente, es la que me ha impulsado a pisar estos umbrales. Mi armada está fondeada en el mar Tirreno. Déjame, padre, estrechar tu mano y no te sustraigas a mis brazos." Esto diciendo, largo llanto bañaba su rostro: tres veces probó a echarle los brazos al cuello; tres la imagen, en vano asida, se escapó de entre sus manos como una leve brisa o como alado sueño.

Eneas, en tanto, ve en una cañada un apartado bosque lleno de susurrantes enramadas, plácido retiro que baña el río Leteo. Innumerables pueblos y naciones vagaban alrededor de sus aguas, como las abejas en los prados cuando, durante el sereno estío, se posan sobre las varias flores, y apiñadas alrededor de las blancas azucenas, llenan con su zumbido toda la campiña. Ignorante Eneas de lo que ve, y estremecido ante aquella súbita aparición, pregunta la causa, cuál es aquel dilatado río y qué gentes son las que en tan gran multitud pueblan sus orillas. Entonces el padre Anquises: "Esas almas", le dice, "destinadas por el hado a animar otros cuerpos, están bebiendo en las tranquilas aguas del Leteo el completo olvido de lo pasado. Hace mucho tiempo que deseaba hablarte de ellas, hacértelas ver y enumerar delante de ti esa larga prole mía, a fin de que te regocijes más conmigo de haber encontrado por fin Italia". "¡Oh padre!, ¿es creíble que algunas almas se remonten de aquí a la tierra y vuelvan por segunda vez a encerrarse en cuerpos materiales? ¿Cómo tienen esos desgraciados tan vehemente anhelo de volver a ver la luz del día?" "Voy a decírtelo, hijo mío, para que cese tu asombro", repuso Anquises, y de esta suerte le fue revelando cada cosa por su orden:

"Desde el principio del mundo un mismo espíritu interior anima el cielo y la tierra, y las líquidas llanuras y el luciente globo de la luna, y el sol y las estrellas; difundido por los miembros, ese espíritu mueve toda la materia y se mezcla en el gran conjunto de todas las cosas; de aquí el linaje de los hombres y de los brutos de la tierra, y las aves y todos los monstruos que cría el mar bajo la tersa superficie de sus aguas. Esas emanaciones del alma universal conservan su ígneo vigor y su celeste origen mientras no están cautivas en toscos cuerpos y no las embotan terrenas ligaduras y miembros destinados a morir; por eso temen, desean, padecen y gozan; por eso no ven la luz del cielo encerradas en las tinieblas de su oscura prisión. Ni aun cuando, en su último día, las abandona la vida, desaparecen del todo las carnales miserias que necesariamente ha inoculado en ellas, de maravillosa manera, su larga unión con el cuerpo; por eso son sometidas a castigos y expían con suplicios las antiguas culpas, [...] hasta que un larguísimo período, cumplido el ciclo de los tiempos, haya borrado las manchas inherentes al alma, dejando tan sólo su etérea esencia y el puro fuego de su primitivo origen. Cumplido un período de mil años, un dios las convoca a todas en gran muchedumbre, junto al río Leteo, a fin de que retornen a la tierra, olvidadas de lo pasado, y renazca en ellas el deseo de volver nuevamente a habitar en humanos cuerpos". Dicho esto, llevó a su hijo y a la Sibila hacia la bulliciosa multitud de las sombras y se subió a una

altura desde donde podía verlas venir de frente en larga hilera y distinguir sus rostros de los que se acercaban.

"Escúchame", prosiguió, "pues voy ahora a decirte la gloria que aguarda en lo futuro a la prole de Dárdano, qué descendientes vamos a tener en Italia, almas ilustres que perpetuarán nuestro nombre; voy a revelarte tu propio destino. Ese joven, a quien ves apoyado en su fulgente lanza, ocupa por suerte el lugar más cercano a la vida, y es el primero que de nuestra sangre, mezclada con la sangre ítala, subirá a la tierra; ése será Silvio, nombre que le darán los albanos, hijo póstumo tuyo que ya en edad muy avanzada tendrás, fruto tardío de tu esposa Lavinia, la cual le criará en las selvas, rey y padre de reyes, por quien dominará en Alba Longa nuestro linaje. A su lado está Procas, prez de la nación troyana; síguele Capis y Numitor, y Silvio Eneas, que llevará tu nombre y te igualará en piedad y valor, si llega algún día a reinar en Alba Longa. ¡Qué jóvenes! ¡Mira qué pujanza ostentan y cómo llevan ceñidas sus sienes con la cívica corona de encina! [...] A su abuelo sigue Rómulo, hijo de Marte y de Ilia, de la sangre de Asaraco. ¿Ves esos dos penachos que se alzan sobre su cabeza, y ese noble continente que en él ha impreso el mismo padre de los dioses? Has de saber, hijo mío, que bajo sus auspicios la soberbia Roma extenderá su imperio por todo el orbe y levantará su aliento hasta el cielo. Siete colinas encerrará en su recinto esa ciudad, madre feliz de ínclitos varones. [...] Vuelve aquí ahora los ojos y mira esa nación; esos son tus romanos. Ese es César, esa es toda la progenie de Iulo³³, que ha de venir bajo la gran bóveda del cielo. Ese, ese será el héroe que tantas veces te fue prometido, César Augusto, del linaje de los dioses, que por segunda vez hará nacer los siglos de oro en el Lacio, en esos campos en que antiguamente reinó Saturno; es el que llevará su imperio más allá de los Garamantes³⁴ y de los Indios, a regiones situadas más allá de donde brillan los astros, fuera de los caminos del año y del sol, donde Atlante, que sostiene el cielo, hace girar sobre sus hombros la esfera tachonada de lucientes estrellas. [...] ¿Y dudamos aún en extender nuestro valor con nuestras hazañas, o el miedo nos retraerá de establecernos en las tierras de Italia? Mas, ¿quién es aquel que se ve allí lejos, coronado de olivo, que lleva en la mano sacras ofrendas? Reconozco la cabellera y la blanca barba del rey que dará el primero leyes a Roma, y que desde su humilde Cures y desde su pobre tierra será llamado a un poderoso trono. Le sucederá Tulo, que pondrá término a la paz de la patria y llamará a las armas a sus ociosos hombres, ya desacostumbrados de los triunfos. De cerca le sigue el arrogante Anco, que aun ahora se complace demasiado con el favor popular. ¿Quieres ver a los reyes Tarquinos, y el alma soberbia de Bruto vengador, y las restauradas fasces³⁵? Ese será el primero que tomará la autoridad de cónsul y las terribles hachas y, padre, condenará a muerte por la hermosa libertad a sus hijos, promovedores de nuevas guerras.

³³ *Iulo*, también llamado Ascanio, es el hijo de Eneas y Creúsa, su primera esposa. Se le atribuye la fundación de la ciudad de Alba Longa, precursora de Roma. De él decía descender la gens *Julia*, a la que pertenecía Julio César.

³⁴ Pueblo del interior de África.

³⁵ Las *fasces* eran unos haces de varas unidos a un hacha que simbolizaban el poder supremo.

¡Infeliz! Sea cual fuere el juicio que de ese acto haya de formar la posteridad, prevalecerán en Bruto el amor a la patria y un inmenso deseo de gloria. Mira también a lo lejos a los Decios, los Drusos y al terrible Torcuato, armado de un hacha, y a Camilo con las enseñas recobradas del enemigo³⁶. Esas dos almas³⁷ que ves brillar bajo iguales armaduras, tan unidas ahora que las rodean las sombras de la noche, ¡ah!, si llegan a alcanzar la luz de la vida, ¡qué guerra tan cruel librarán entre sí!, ¡qué ejércitos tan numerosos llevarán al combate!, ¡qué mortandad causarán! El suegro bajará de las cumbres alpinas y de la peña de Moneco, y apoyarán al yerno los pueblos hostiles del Oriente. ¡Oh, hijos míos, no acostumbréis vuestras almas a esas espantosas guerras, no volváis vuestras poderosas fuerzas contra las entrañas de la patria! Y tú el primero, tú³⁸, ¡oh sangre mía!, tú, cuya sangre desciende del Olimpo, ten compasión de ella y no empuñes jamás semejantes armas... [...] ¿Quién podría pasarte en silencio, ¡oh gran Catón!, y a ti, oh Cosso? ¿Quién al linaje de los Gracos y a los dos Escipiones, rayos de la guerra, terror de la Libia, y a Fabricio, poderoso en su pobreza, y a ti, ¡oh Serrano!, que siembras tus surcos? Las fuerzas me faltan, ¡oh Fabios!, para seguiros en vuestra gloriosa carrera. Tú solo, ¡oh Máximo³⁹!, ganando tiempo, conseguirás salvar la república. Otros en verdad labrarán con más primor el inspirado bronce, sacarán del mármol vivas figuras, defenderán mejor las causas, medirán con el compás el curso del cielo y anunciarán la salida de los astros; tú, romano, atiende a gobernar los pueblos con tu autoridad, a imponer condiciones de paz, a perdonar a los vencidos y derribar a los soberbios; ¡esas serán tus artes!.

Así habló el padre Anquises a Eneas y a la Sibila, que le escuchaban atónitos; luego añadió: "¡Mira cómo se adelanta Marcelo, cargado de despojos, y cómo, vencedor, se levanta por encima de todos los héroes! Él sostendrá algún día el Estado Romano, comprometido en apretado trance; intrépido jinete, arrollará a los Cartagineses y al rebelde Galo, y por tercera vez colgará en el templo de Quirino las armas arrebatadas a un jefe enemigo⁴⁰". En esto Eneas, viendo acercarse al lado del héroe a un gallardo joven vestido de refulgentes armas, pero con la frente triste, bajos los ojos e inclinado el rostro: "¿Quién es, ¡oh padre!", dijo, "ése que acompaña a Marcelo? ¿Es su hijo o alguno de la alta estirpe de sus descendientes? ¡Cómo le rodean todos con obsequioso afán! ¡Cómo se parecen uno a otro!, pero una negra noche rodea su cabeza de tristes sombras⁴¹". Entonces el padre Anquises, bañados de llanto los ojos, exclama: "¡Oh hijo mío!, no inquietas lo que será ocasión de inmenso dolor para los tuyos. Vivirá ese joven, pero los hados no harán más que mostrarlo un

³⁶ Nombres de protagonistas de heroicas gestas de los primeros tiempos de Roma.

³⁷ Esas *almas gemelas* son Julio César y Pompeyo, casado con la hija de César, que lideraban los dos bandos enfrentados en la guerra civil que sufrió Roma entre el 49 y el 45 a. C.

³⁸ Se refiere a Julio César.

³⁹ Continúa la enumeración de grandes personajes de la historia de Roma.

⁴⁰ Se refiere a Claudio Marcelo, comandante del ejército romano durante la segunda guerra púnica.

⁴¹ Este otro Marcelo, descendiente del anterior, fue sobrino y yerno de Augusto, quien pensaba nombrarlo sucesor suyo.

momento a la tierra; la romana estirpe os hubiera parecido, ¡oh dioses!, demasiado poderosa si le hubieseis otorgado ese don. ¡Cuántos gemidos se exhalarán por él desde el campo de Marte hasta la gran Roma! ¡Qué funerales verás, oh Tíber, cuando te deslices por delante de su reciente sepultura! Ningún mancebo de la raza troyana levantará tan alto las esperanzas de sus ancestros latinos, ni jamás la tierra de Rómulo se envanecerá tanto de ningún otro de sus hijos. [...] ¡Oh joven digno de eterno llanto!; si logras vencer el rigor de los hados, tú serás Marcelo... Dadme lirios a manos llenas, dejadme que esparza sobre él purpúreas flores; que pague a lo menos este tributo a los Manes de mi nieto y le rinda este vano homenaje". Así van recorriendo sucesivamente el espacio de los dilatados campos etéreos y examinándolo todo. Luego que Anquises hubo conducido a su hijo por todos aquellos sitios, e inflamado su ánimo con el deseo de su futura gloria, le cuenta las guerras que está destinado a mantener, le da a conocer los pueblos de Laurento y la ciudad de Latino, y de qué modo podrá evitar y resistir los trabajos que le aguardan.

Hay dos puertas del Sueño, una de cuerno, por la cual tienen fácil salida las visiones verdaderas; la otra, de blanco y nítido marfil, primorosamente labrada, pero por la cual envían los Manes a la tierra las imágenes falaces. Prosiguiendo en sus pláticas con su hijo y la Sibila, Anquises los despide por la puerta de marfil, desde la cual toma Eneas derecho el camino hacia la escuadra y vuelve junto a sus compañeros. Se dirige enseguida, costeano el litoral, al puerto de Cayeta⁴²; allí echan anclas y atracan en la orilla.

⁴² Hoy Gaeta, al noroeste de Nápoles.